

# TALLER ARTE DOS GRÁFICO

## GALERÍA SEXTANTE

Juan Gustavo Cobo Borda

**U**nos ochenta libros de artista son, realmente, un hito significativo en el trabajo editorial colombiano, máxime cuando ellos combinan poetas y artistas colombianos (María Mercedes Carranza, Juan Manuel Roca, Darío Jaramillo, con ilustraciones de figuras como Antonio Samudio y Hugo Zapata), y, al mismo tiempo, escritores de América como Adriano González León y creadores como Luis Felipe Noé. Vale la pena entonces repasar esta trayectoria para reconocer su importancia.

Hace cuarenta años viven juntos. Tienen dos hijos: Ángela María, economista que reside en Nueva York, y Santiago, ya destacado pintor. Pero tienen también un tercer hijo: que crece cada día y que se llama Taller Arte Dos Gráfico - Galería Sextante, en la carrera 14 N.º 75-35, de Bogotá. Son María Eugenia Niño y Luis Ángel Parra, al frente de uno de los espacios creativos de mayor dinamismo en Bogotá, y de más destacada proyección internacional, en los dos sentidos.



Fotos: cortesía Taller Arte Dos Gráfico Galería Sextante

Sus libros de arte, hechos en Bogotá, viajan por el mundo, y los artistas que los hacen, ven- gan de Argentina, Chile, Perú o Venezuela, residen por temporadas en el taller, al trabajar con tipógrafos, linotipistas y sabios artesanos colombianos en sus grabados o serigrafías, en piedra o metal. También los poetas y pintores colombianos asumen el taller y la galería como suyos y crean un dinámico circuito de charlas, exposiciones, conciertos e intercambios, que ostenta ya una cosecha de innumerables frutos.

Curiosamente están muy ligados a un peregrinaje bogotano que se inició en el barrio bogotano del 7 de agosto, cuando coincidieron dos estudiantes de la Universidad Nacional, una que estudiaba bellas artes y otro ingeniería química, apasionado por el teatro. Allí empezó todo: Bavaria daba un afiche gratuito semanal a los grupos de teatro, y María Eugenia y Luis Ángel se encargaron de esa tarea, con sus primeros cómplices: el fotógrafo Pedro Miranda y los pintores Fernando Dávila, Raúl Cristancho y Gustavo Zalamea.

Luego irían a Palermo, en la que fuera la casa del general Ruiz Novoa, en la 45, y más tarde, por años, en la carrera 11 con calle 67.

Vivieron los últimos estertores de un arte exacerbadamente político en el Taller 4 Rojo, y un eco de las hojas volantes o chapolas, que repartían en la Universidad Nacional, a partir de las listas de elementos de construcción

que el padre de María Eugenia elaboraba en gelatina, los hacía sentir artistas y a la vez comprometidos con causas polémicas o justas. Estamos hablando de 1977. Más tarde, en 1983, a los diez años de la muerte del poeta chileno Pablo Neruda, aparecería lo que bien pudiera llamarse el primer libro-arte: *Neruda y la alegría del mundo*. 21 grabados y 180 ejemplares donde David Manzur y Enrique Grau, Umberto Giangrandi y Antonio Samudio, Leonel Góngora y ya un destacado maestro venezolano: Alirio Palacios, junto con Trujillo, de Panamá, ofrecieron sus grabados.

Porque el trabajo con Venezuela ha sido constante y exitoso. Comenzó con el galerista César Segnini, galerista de Szyszlo, Seguí y Matta, con el cual adelantaron varios proyectos gráficos, y continuó con libros de Ricardo Benaim y del poeta Enrique Hernández D'Jesús, el popular Catire Hernández, y textos intensos y reverberantes del novelista venezolano Adriano González León, ya fallecido, del cual la anécdota cuenta cómo Luis Ángel Parra, sin conocerlo, le llevó las pruebas a Caracas y la dirección en el barrio de Las Mercedes no parecía muy habitable. Semicerrado y penumbroso, en la mañana, al fin, para no perder el viaje desde el aeropuerto Maiquetía, se decidió a entrar para ubicarse. Se trataba del bar Hereford, en cuya barra Adriano, el viejo ballenero de "El Techo de la Ballena", aguardaba sobrio. Al

leer las pruebas lloró y comprobó una vez más la verdad de la sentencia de Rimbaud: Yo soy un otro. *Je est un autre*.

El diálogo con Venezuela merece destacarse. A partir del dibujo en una servilleta de un mapa sin fronteras entre Colombia y Venezuela, Ricardo Benaim y Luis Ángel Parra se lanzan a una febril actividad utópica. Envían 200 copias del dibujo a pintores, músicos, escritores y periodistas de los dos países para que los intervengan. Este proyecto MAPA tendrá derivaciones imprevistas, donde, como dijo Parra, ya es hora de que nos convoquemos a nosotros mismos, dando lugar, en el año 2000, al viaje de 140 artistas a la Orinoquia colombo-venezolana, de San Fernando de Atabapo a Puerto Inírida. Allí donde confluyen el Orinoco, el Guaviare, el Inírida y el Atabapo, y en cuyas aguas nocturnas, iluminadas con antorchas, se representó una obra de teatro. Otra de las iniciativas de la galería fue la creación de un Banco del Cóndor, con una moneda cuyo respaldo fuera el arte. Como lo dijo el poeta William Ospina, cuya poesía editaría el Taller: "Antes de los países, el mundo; antes de las fronteras, la inmensidad, y también después". Solo que Ospina, junto con María Mercedes Carranza y Juan Manuel Roca, quien rendiría homenaje a Juan Rulfo y César Vallejo en libros de arte, y el poeta argentino Daniel Samoilovich, encontrarían un inesperado colega.

En el 2004, en noventa ejemplares numerados en arábigo y seis ejemplares numerados en romano, Mario Vargas Llosa se revela como inesperado poeta, al hablarnos de una estatua viva y sensitiva, a la cual acompañan tres litografías originales del maestro Fernando de Szyszlo dibujadas sobre piedra. Pero las cosas no son fáciles cuando se trata del parto de un nuevo poeta. Parra tuvo que recurrir a San Francisco, California, para encontrar la tipografía (Centauro de M&H Type Foundry) que alegraría al bardo de Arequipa, ahora flamante premio Nobel. Así se cumplen los sueños de quienes como Parra y Niño quisieron preservar el equilibrio ecológico de Suramérica sembrándole poesía a través de las artes gráficas. Y lo han logrado, desde Bogotá. Litografía, grabado, serigrafía, altorrelieve, tipografía, encuadernación, taller de papel, carpintería, marquetaría, fotografía y nuevos medios, entre 1983 y 2010, y más de medio centenar de libros de artista han nacido en este taller-laboratorio creativo. Allí podemos encontrar desde grandes artistas latinoamericanos como Szyszlo y Luis Felipe Noé, y colombianos como Leonel Góngora y Juan Antonio Roda, hasta las grandes propuestas de dibujantes agudos y valiosos como José Antonio Suárez y algunos que hemos mencionado ya, como Antonio Samudio. Sin olvidar maestros consagrados como David Manzur y su gran obra *El beso de Dios*. Vale entonces

la pena reconocer esta tarea y congratularnos de que el arte y la poesía sigan juntos.

Un exitoso ejemplo del trabajo del taller Arte Dos Gráfico está representado en dos artistas: uno colombiano, Hugo Zapata, y uno chileno, Samy Benmayor, que muestra la generosa apertura universal de su tarea.

### **Samy Benmayor: el exilio encuentra su tierra prometida**

Los padres vinieron de Estambul para afincarse en Chile en 1939 y por ello el joven Samy Benmayor (1956) tiene su infancia modulada por una lengua muy próxima al español pero quizás más musical y flexible: el ladino.

El idioma propio de un judío sefardí que ha tenido la música cerca de su corazón pero que ha volcado su mundo en la pintura. Lo que te sale. Lo que te expresa. La imagen que quizá sea inolvidable y que concilia los dos sentidos de la palabra estampa. Ese sello que es imagen sólida y duradera y que a la vez es impresión perdurable.

Proceso que vivió en el Taller Arte Dos Gráfico a partir de 1999, cuando el Museo Sefardita de Caracas le pidió participar en un libro colectivo, *El viaje*, donde tenía la opción de trabajar en el mismo lugar donde se haría el libro.

Él, que confiesa no tener una obsesión por los materiales mismos —la bilis de buey o la cola de conejo como idóneas para recubrir el lienzo—, descubrió en Bogotá el fascinante

placer de vivir arriba del taller, desayunar y ponerse a trabajar. A dibujar con lápiz, en caprichosa arbitrariedad, monigotes, esbozos, tentativas, que luego limpia y estudia vectorialmente en el computador para disponerlos, en el espacio rotatorio y expandible de la pantalla, patas arriba y cabeza abajo. O en cualquier otro sentido.

Allí descubriría un cómplice apasionado en Luis Ángel Parra, que acumulaba viejas prensas, tipos de letras ya desuetos, y la aleación mágica de un pintor, un texto y un libro de arte. Con prólogo del dramaturgo venezolano Isaac Chocrón, *El viaje* inició así su bíblica travesía, en buena compañía: Liliana Porter, Luis Camnitzer, Becky Mayer, Felipe Ehrenberg y Lydia Azout, entre otros, en hebrero, español e inglés, conjuran sus acentos, sus líneas y sus colores.

Franjas amarillas y puntos de color rojo se sitúan en el espacio subdividido de la plancha, en el caso de Benmayor, que narra una historia gráfica con sus ya tópicos hombrecitos negros que alargan sus brazos incongruentes entre sinuosas flechas.

Así, los grabados de Samy Benmayor ostentan un humor disparatado que nace de las formas y de su conjugación imprevista. Perfiles rusos que parecieran provenir de Chagall se acoplan con grandes cabezotas que dominan, impávidas, el conjunto. Situado todo ello en paisajes urbanos, de siluetas de fábricas y muros

de ladrillo, que tienen tanto de juguetes de niños como de soledad de suburbio, donde esas siluetas masculinas, impersonales en su negrura, lloran inconsolables.

En contraste con esas mujeres rotundas y distorsionadas, con rizos perversos, que él califica de suegras sobre grandes y emblemáticos zapatos rojos de tacón. Juego y sátira, tragedia y humor: hay allí el goce del trabajo, las suscitaciones que nacen a partir de cada nueva opción, y todo ello en ciudades de entrecruzados hilos, para incomunicarse, y la aislada situación del enclave fabril. Todo lo cual termina por dar un toque de alucinada intensidad a ese rompecabezas lúdico, donde las amplias superficies recortadas en tonos negros y opacos resaltan aún más la danza disparatada de sus habitantes. La incongruencia feliz que dota de alegría

picardía su trabajo. Laberinto y a la vez cabalgata que refrenda el carácter exploratorio de estos óleos y estos grabados de tanto ingenio creativo y de tan lograda síntesis del espacio y la forma, el color y la línea, el ojo que teje y ahonda y la risa que enlaza y reconforta.

### **Hugo Zapata siembra sus flores de piedra en China**

A veces tersas, en otras ásperas, en ocasiones segmentadas. Otras dejadas al azar del camino. Dulce en la suavidad que incita al tacto o espejeantes en la difícil aleación entre dureza y reflejo. Pues todas ellas, las piedras de Hugo Zapata (La Tebaida, Quindío, 1945), parecen encerrar en sí la cavidad de una ofrenda, trátase del agua o de los pigmentos vegetales.

Flores votivas para rendir homenaje a los dioses esquivos, su diálogo es con la

naturaleza. No sospechamos que puedan haber sido pulidas ni por la mano del hombre ni por un artilugio mecánico que vibra y estremece el aire. Por el contrario, los nombres primordiales, carbón, lutita, pizarra, mármol, basalto, cuarzo, cristales naturales, asoman más tarde. La primera impresión es de paz y sosiegos. No pensamos en eras geológicas, ni en volcanes al emitir fuego y lava que se petrifica, ni en errantes asteroides que cayeron a tierra. Por el contrario: nos encontramos con ellas, con las piedras de Hugo Zapata, como un refugio, como una luz negra que brilla indeficiente, más allá de árboles, lluvias y nubes. Porque en realidad todo el cielo se ha posado sobre esas vetas y esos relieves, y el afán se ha tornado contemplación activa, como el ágora que dispuso para la Universidad Eafit de Medellín. Aristas, volúmenes, superficies,



sombras y texturas como si la cultura, en el silencio que surge después del diálogo, nos reconciliara con el primer principio. La naturaleza misma.

Mujeres y hombres, en cuclillas o tendidos sobre lo grave de la tierra, siguen con desprendimiento las constelaciones de sus sueños. En tal sentido su serie *Amantes*, siempre dos piezas paralelas, erguidas en el espacio, armónicas pero diferentes, sugieren el contrapunto de la música, sus disonancias melódicas y su compenetración afectiva.

Quien sembró 70.000 yarumos plateados en torno a una represa (Río Grande II) y configuró un sendero de colores que contrastan (verde, plata, gris, azul), va de lo primordial a lo reflexivo. Del geólogo que percibe en el azar una latente posibilidad creativa al arquitecto que edifica con él una morada, o señala, en el jardín o el piso, una orientación que aún no se desprende de su raigambre húmeda pero que ya entra a formar parte de un conjunto, de una estructura. De un lugar pletórico de sentido. La materia y el espíritu. Donde también hierro, concreto o vidrio, sirven para sugerir utopías. Velas de barcos, como las egipcias, que atraviesan las puertas del sol en su eclipse y sobrepasan así los raudales incontenibles de la muerte. Les otorgan marco, dimensión y medida, como si el paisaje resultase contenido entre las manos del hombre al señalar la inconmensurable distancia del horizonte y ponerlo a nuestro alcance.

Por ello, muchas de sus piedras, en un vestíbulo, en una casa, en el recodo de una galería de arte, nos obligan a detenernos, con un latido ancestral de emoción y perplejidad. De reflexión y empatía. Ver, sentir y comprender el hábitat donde vivimos, parto y tumba.

En esos mares apresados en un contorno de piedra late una temblorosa isla, que también es de piedra pero ya es de agua. Que vibra, se agita y habla pero continúa firme e inmodificable, tal como Hugo Zapata, demiurgo, la dispuso en su universo emotivo. El de quien lee a Baudelaire y sus flores del mal, pero también traza y ordena en Aracataca, en el Camellón de los almendros, un lugar de reunión donde bloques de concreto reteñido e hilos de agua rinden y convocan a un homenaje apacible a Gabriel García Márquez y Juan Rulfo. Diálogo, una vez más, del hombre consigo mismo y su entorno.

Escultura pública dónde cifrar y descifrar los signos primordiales que desde las cavernas de la prehistoria dispuso el hombre sobre sus irregulares muros en sombra, gracias a esos pigmentos rojos o naranjas donde, como hizo en su libro de artista, del 2008, con William Ospina, en el Taller Arte Dos Gráfico, darían pie a una aseveración muy suya: "Antes del hombre, la tierra ya escribía".

Danza fosforescente sobre el telón de fondo de milenios, el agujero negro del origen se puebla de insectos de luz. De

siluetas de hojas ya definitivas. De vibraciones espasmódicas de trazos y alfabetos sugerentes que, como en todo el arte de Zapata, tiene plenitud formal, sellada sobre sí misma, pero también apertura a la mirada que acoge, dilata y asimila.

Quizás por ello, ya desde 1977 haría su primer viaje a China, para reencontrarse con ese comienzo antes del principio, en el cual las rocas, que contienen la memoria de todo y se yerguen como estelas para servir de testigos de los hechos de la historia, son paulatinamente borrados por la lluvia. Pero aun así subsisten. Donde el mensaje de la cronología se ha vuelto la impronta de la estética. Lección de humildad que conoce muy bien Zapata, en el devenir cíclico con que asume su tarea, tan compenetrada con la tierra. En Shanghai, un jardín de la gente, con sesenta flores suyas de hierro, aguarda el renacer de la inexorable primavera. Con razón, China se yergue en los diagnósticos del futuro. Nunca olvidó sus raíces. Sus murallas de piedra son posibles de visualizar aun desde la luna. ■

---

Juan Gustavo Cobo Borda (Colombia)  
Poeta y ensayista. Fue director de la revista *Eco* de Bogotá. En 2006 la Editorial Taurus publicó *Lecturas convergentes*, un análisis de Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. También es autor de *Lector impertinente* (2004), *Lengua erótica* (2004), *Cuerpo erótico* (2005). Recientemente publicó *Breviario arbitrario de literatura colombiana* (Taurus, 2011).